

DÍAZ SÁNCHEZ, Julián: *El triunfo del informalismo. La consideración de la pintura abstracta en la época de Franco*. Metáforas del Movimiento Moderno. Departamento de Historia y Teoría del Arte, U. A. M. Madrid, 2000. 237 pp.

En el contexto de uno de los más negros periodos de nuestra historia reciente, Julián Díaz Sánchez traza un relato de triunfos y relaciones de conveniencia. La extraña simbiosis entre arte abstracto y régimen fascista se coloca aquí sobre la mesa de disección para desentrañar los motivos, así como los agentes externos que potenciaron la citada relación de intereses.

Díaz Sánchez elige un bloque temático muy compacto y bien delimitado que no admite divagaciones y le permite crear una estructura clara y de fácil comprensión. El asunto central viene a tratarse en dos grandes temas, para cuya división se ha utilizado como argumento el punto de vista de los implicados. Así pues, en una primera parte, el autor tratará el problema de la aceptación del arte abstracto desde el punto de vista estatal. Después, en un segundo momento, repetirá el mismo ejercicio, pero en este caso bajo la óptica del mundo del arte. Estos dos grandes bloques van a pivotar en torno a un núcleo central rotundo: la definición de abstracción.

Julián Díaz inicia así un discurso objetivo por la historia de la abstracción española y su consideración en tiempos de la dictadura, usando como hilo narrativo las bienales de arte. De este modo, primero con las bienales hispanoamericanas y posteriormente con las venecianas, va construyendo una trama compuesta por críticos, historiadores, artistas e incluso políticos, que condujeron al informalismo por los senderos del régimen. Este no tardaría en asumirlo como única vanguardia compatible con sus presupuestos ideológicos. Es éste un relato que no escatima en detalles y fragmentos textuales de la época, que no vienen sino a confirmar la ardua tarea de documentación que precede a esta obra. Opiniones más o menos comprometidas con la causa en artículos, catálogos o textos con tintes de opúsculo político, van tejiendo en la obra de Díaz Sánchez, la mullida alfombra sobre la que descansa su principal argumento a lo largo de todo el relato. Un argumento que sirve de sutil hilo conductor y que más adelante abordaremos.

De este inicial aspecto puramente estatal, pasa Díaz Sánchez, casi de forma imperceptible, al argumento filosófico, tratando en un primer momento y a modo de avanzadilla las posturas de Eugenio D'Ors y Ortega y Gasset. Sin embargo, este retrato de la crítica militante se ve momentáneamente interrumpido por una somera descripción de la abstracción, que es hábilmente aprovechada para introducir, de forma subliminal, algunas de las más importantes ideas que suponen la defensa de la tesis de su autor. Una vez es retomado el estudio desde el punto de vista de críticos e historiadores, se tratarán algunos aspectos, entre ellos el "mito" del informalismo, como abanderado internacional del hecho diferencial español, o el asunto espiritual, que lo ligara inevitablemente al catolicismo.

Otro de los asuntos más interesantes planteados en este momento es la confrontación entre Surrealismo y abstracción. Díaz Sánchez lo presenta como una cuestión del estado franquista, que habría optado por lo segundo como efectiva vacuna contra la militancia incómoda del primero.

Finalmente, nos presentará el estado de la cuestión tras la muerte del dictador y su posterior recuperación por parte de

la recién nacida democracia. Una recuperación que pasa por un nuevo análisis de la añeja e incómoda relación simbiótica con el enemigo caído en desgracia, y que tendrá por término una, no menos sorprendente, canonización del informalismo.

Nos recuerda el autor que el gran Picasso dijo: "*Yo no busco, encuentro*". De igual manera podríamos decir que Julián no busca alcanzar una teoría a lo largo de su exposición, pues él ya la tiene desde el comienzo, y simplemente se dedica a mostrárnosla, al principio oculta y hacia el final, evidente. Plantea pues, que la abstracción fue la única forma de vanguardia admitida por el régimen. Su relación fue una solución de compromiso, ya que la España autárquica necesitaba de un impulso cultural nuevo; el informalismo, a su vez, agotados los cauces locales, requería también nuevos ámbitos de promoción. Serán básicamente tres los argumentos para la defensa de esta nueva realidad planteada. En opinión de Díaz Sánchez serán la falta de compromiso moral y político, de un lado, y de otro la libertad de interpretación que permitirá su vinculación a la moral cristiana. El tercer argumento será en cambio el más enrevesado. El uso historiográfico, que había convertido a la abstracción en una constante histórica, llegará a ser en estos momentos el mejor aliado de los ideólogos del régimen. De esta forma, el arte abstracto que trataban de adoptar se hace digno heredero de la más rancia tradición española. Herederos pues de Velázquez y Goya, transformados en instrumento de legitimación. Este sería, por tanto, un planteamiento de gran acierto. No cabe duda que aquellos que habían usurpado ilegalmente el poder, necesitaban imperiosamente nuevas formas de justificar su posición. El uso de estos argumentos como trama, subyacente al relato histórico, es tan sutil como las encontradas interpretaciones que la crítica hizo de la abstracción, y que el autor, hábilmente, nos presenta como táctica de derribo solapada.

Queda claro que el mencionado *triunfo* del título, sería más bien un "salvarse de la quema", algo que agudamente se plantea como una cuestión de intereses creados. El relato de esta presunta tragedia -ya que no hay nada más trágico que la adhesión a una ideología como la fascista- es un cúmulo de acontecimientos que aquí se nos presentan en forma de esquema creciente. Nuestro autor avanza desde una aparente asepsia expositiva hacia una constructiva militancia, que tiene su *cénit* en el pequeño epílogo. Un epílogo que, a la vista de la gran cantidad de ideas expuestas en los capítulos previos, aparenta ser una fugaz resolución de todo lo expuesto. La calidad documental y expositiva demostrada a lo largo de la obra nos conduce a pensar que Díaz sería capaz de algo más intenso que esta pequeña diatriba final. En cualquier caso es una excelente apuesta, optar por una nueva lectura de la abstracción que no se quede en las medias tintas de la descripción de su lirismo.

Los recuerdos de viejas épocas, una vez pasados por el tamiz de tiempo, acaban por presentarse de un modo afable, incluso los más terribles. El relato de un tiempo en que se secuestraron nuestras libertades y se traicionó nuestra cultura, no debe caer jamás en el pozo seco del olvido. Nos debemos a quienes nos precedieron en la lucha por el rigor histórico, para no deformar ni tergiversar los acontecimientos que marcaron nuestra historia. Por eso, el texto de Julián Díaz Sánchez ha de ser tenido en cuenta como un paso firme y decidido en esta dirección. Un ejemplo que contribuye a abrir nuevos caminos de estudio.

Laura Calvo Bejarano